

TABLAS Y PANTALLA

Junio 12/1932

Holanda 1856.-Hubert de Blanck.-Cuba 1932

Por J. M. Valdés-Rodríguez

COMO a pocos hijos debe Cuba a Hubert de Blanck venido de tierras lejanas y extrañas, gratitud como hombre de arte y como ciudadano. Llegó a nuestra isla, desvalida y atormentada y en dura



lucha por el don más preciado del hombre, y le entregó el tesoro de su talento creador, de sus conocimientos técnicos, de su cultura. Y con tan generosa dote trajo el empujado sentir ciudadano que había de situarlo muy pronto junto a

los cubanos mejores, aquellos que tenían la patria por agonía y deber y no como palanca y trampolín.

Por eso es deber de todos rendirle homenaje, al cumplirse este primer centenario de su nacimiento, sin olvidar jamás el ejemplo de su existencia pulcra, afanosa de bien y de belleza.

En 1883 llegó Hubert de Blanck a La Habana. Venía de New York y traía apoyada en el brazo firme a una joven cubana, su esposa. Venía, en verdad, de más lejos: venía de Europa y tras de recorrer muy largos caminos de América, cuando transitar nuestro Continente de tierras y mares extensos y difíciles era todavía empeño casi tan arduo como tres siglos antes. Y venía para quedarse entre nosotros, como partícipe entusiasta en los dos grandes menesteres criollos de aquella hora: la superación individual y colectiva por el saber y la cultura y la lucha por la libertad y la independencia políticas y económicas del país. A los dos objetivos aportó de Blanck la inteligencia clara, la sensibilidad aquilatada, la ordenada cultura, el carácter entero.

Nacido el 11 de junio de 1856, en Utrecht, la hermosa ciudad que juega un papel trascendente en la Europa de los siglos XVI y XVII, hijo de artistas meritísimos de ascendencia francesa y nobiliaria, tuvo, desde muy temprano, la música y la belleza por razón y fin de la existencia. El padre era violinista; la madre, Regina Valer, cantante. Y ambos fervorosos creyentes en la artesanía

del arte y en la regla de oro de toda creación: disciplina y rigor, aun para la expresión de lo exaltado y vibrante. Y esa fué la norma de toda su actividad artística. De ella usufructuaría Cuba en medida mayor que otros países, porque nada exige tanto ordenamiento y exactitud como el trópico exuberante y repentista.

Del padre recibió las primeras lecciones en el Real Conservatorio de Lieja en el cual gana, apenas iniciada la pubertad, el segundo premio de piano que severos maestros le otorgan por unanimidad. Y cuando el rey Leopoldo II de Bélgica, generoso y sagaz, le concede una beca para estudiar donde lo desee, es el padre quien elige a Colonia y al maestro Ferdinand Hiller con el cual estudia armonía, composición y perfeccionamiento. Acaba de cumplir diecisiete años cuando debuta, como pianista, en San Petersburgo y emprende su primera gran gira. En Suecia, en Alemania, en Rusia en Noruega, en Dinamarca, en Polonia el público lo aplaude y la crítica lo ensalza.

El retorno a la casa paterna, en Colonia, había de tener una consecuencia insospechada que lo arrancaría de nuevo de los suyos y lo llevaría muy lejos, determinando su existencia allende el Atlántico. Conoce a Eugene Maurice Dengremont, precoz violinista brasileño, e inicia con él una gira por Alemania y Dinamarca en el curso de la cual merece de Guillermo I, emperador de Alemania el obsequio de un fulgente rubí engastado en oro. La joya hermosa jugará más tarde un papel principal en la dación de De Blanck a la causa de la independencia de Cuba. En ese recorrido la crítica señala la eminente capacidad del joven músico holandés y hay quien precisa cómo la valía del artista arrancó a un público usualmente reservado y parco un aplauso cálido en insólita medida. Con Dengremont marcha de Blanck a Río de Janeiro que muestra por ambos un vivo entusiasmo que Buenos Aires hace suyo poco después; muy particularmente para Hubert de Blanck, que actúa luego como solista en la capital del Plata.

En 1881 se presenta de Blanck en New York con la Orquesta Filarmónica, interpretando el "Konzertstück", Op., 79, de Weber. Poco después gana por oposición a plaza de profesor de piano del

4

College of Music", de esa ciudad. Es un hecho decisivo en la existencia de Hubert de Blanck y en la historia de la música en Cuba. En el conservatorio conoce a Ana G. Menocal, de muy prestigiosa familia criolla. El hombre de fino gusto, apasionado y sensitivo, queda prendado de la muchacha delicada y vibrátil ungida por la gracia del trópico. Y la hace su esposa. Hubert de Blanck había decidido su destino y vinculado su existencia a la isla hermosa, doquiera y entera.

Los comienzos de 1884 lo encuentran ya establecido en La Habana, integrado en el grupo de fervidos cultores de la música mejor, aquella de la que era devoto el propio de Blanck, demandadora del ejercicio acendrado de la forma en tríos y cuartetos, en los conjuntos de cámara, para cuya difusión y radical gozo fundó la Sociedad de Música Clásica en compañía de José y Félix Vandergutch, Charles Werner, Tomás de la Rosa. Y ya hasta la muerte, en 1932, no dejó Hubert de Blanck de bregar por la música y por el arte en Cuba. Muy pronto se unió a la lucha por la independencia, como los cubanos Ignacio Cervantes y Rafael Díaz Albertini.

Hubert de Blanck pudo reducirse a seguir siendo un pianista eminente, que no es ello poco, un eficaz pedagogo en forma individual de la música y del arte, ajeno, por otra parte, a los problemas del país que no era su patria. Pero escogió la vía difícil de la orientación de la inteligencia y la depuración de la sensibilidad a través de normas didácticas innovadoras, al par que hizo suya la causa cubana. Para lo primero fundó el conservatorio que lleva su nombre; para lo segundo, se unió a la Junta Revolucionaria de La Habana. Esto último le valió la persecución y el destierro a los Estados Unidos y, como consecuencia, graves quebrantos económicos, la separación de los suyos, trabajos penosos al mismo tiempo que aportaba su arte a la recolección

de fondos con destino a la lucha por Cuba.

Al terminar la guerra vuelve a Cuba. A la obra pretérita meritisima suma en seguida nuevos esfuerzos superadores: creación de la Sala Espadero, local de conciertos del Conservatorio que se convierte en el centro de la actividad musical habanera; más la adscripción al Conservatorio Hubert de Blanck de organismos docentes provinciales. Así, la que había sido obra limitada a la capital alcanza a toda la Isla y justifica el título de Conservatorio Nacional de Música cuya función didáctica y la cultura musicales de Cuba es digna del más alto reconocimiento.

Bastaría esa obra para situar a Hubert de Blanck en un sitio prominente en la historia del arte y la música. Pero se ha de recordar que en esos cuarenta años largos de incesante labor pedagógica y de lucha por subidísimos ideales de bien público Blanck compuso obras musicales de calidad, fundó y dirigió publicaciones y sociedades, hizo crítica en diarios habaneros, dió conferencias y charlas, y estuvo vinculado de modo vivo y directo a la vida artística y cultural del país. Y tuvo tales dimensiones esa acción inteligente y entusiasta que su mera reseña detallada demandaría un libro.

Fallecida la esposa en 1900 casó de Blanck en 1902 con una alumna suya de talento, Pilar Martín, que laboró junto a él y continuó desde 1928 el fecundo empeño del Conservatorio Nacional de Música de La Habana.

Como artista y compositor Hubert de Blanck fué un decidido creyente en las normas rigurosas, canalizadoras de la inspiración y del ímpetu creador. En la crítica de un diario de New York hay un juicio sobre de Blanck que nos parece definidor. En relación con el programa, extremo indiciario del temple de un artista, se afirma: "...combinado con tiento.

evidencia el discernimiento propio de un genuino recitalista". Ese sentido de la medida, aplicador a cada caso de la norma justa, fué a nuestro juicio una nota representativa de Hubert de Blanck el hombre, el artista y el profesor.

De nuestros días juveniles recordamos bien a Hubert de Blanck, alto, delgado, muy pulcro de maneras elegantes, reposadas y seguras. Acusado el perfil noble y fino que terminaba en un mentón resuelto y voluntarioso, tenía la mirada firme, vivaz y soñadora y su persona efundía seriedad y buen talante. Se le respetó y se le quiso mucho. Y se le recuerda con aprecio y devoción. Su obra alienta en el instituto docente, artístico y cultural que lleva su nombre, organismo vivo en permanente renovación, siempre al servicio de los intereses de la inteligencia y el espíritu.

M. Juan 12/02